

## EL ESPÍRITU DE LA VIDA EN JESUCRISTO. ASPECTOS PARA UNA SOTERIOLOGÍA PNEUMATOLÓGICA

ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ

Si Cristo es el Salvador, ¿que relación podemos establecer entre la salvación y la acción personal del Espíritu Santo? La mayoría de las categorías para hablar de la salvación están referidas a la acción del Salvador, que es Cristo, ya sea orientadas al misterio de su encarnación o al misterio pascual. Sin embargo, el Nuevo Testamento cuando se refiere a la acción salvífica en los creyentes también pone de relieve la presencia y actuación del Espíritu Santo<sup>1</sup>. Por decirlo ayudándonos de una expresión paulina el *Ruah divino* es el Espíritu de la vida en Jesucristo (Rom 8,2). ¿Se trata de una contradicción? En realidad, no hay una contraposición entre la acción de Cristo y la del Espíritu, pues siendo dos misiones distintas, tienen un mismo origen en la persona del Padre y caminan hacia un mismo fin como es la salvación del ser humano (cfr. Gal 4,4-6). Ésta, iniciada por el Padre en su deseo y voluntad de hacernos hijos en su Hijo; realizada por Cristo en la totalidad de su historia, desde la encarnación hasta la resurrección pasando por la pasión y la muerte; es consumada por la acción del Espíritu llevando adelante la voluntad del Padre y haciendo efectiva la obra del Hijo. La acción del Espíritu hace posible la *reconciliación* definitiva entre Dios y los hombres; lleva adelante y consuma la *recapitulación* realizada en Cristo; y, finalmente, realiza la *comunión* para que Dios sea realmente todo en todos y de esta forma lleguemos al destino definitivo de este proceso: la *transfiguración* de toda la realidad. Porque, en definitiva, como decía el teólogo anglicano Hugh Turner «la salvación consiste esencialmente en una transfiguración»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> J. R. Busto Saiz. "El Espíritu en la Tradición bíblica". *Sal Terrae* 108 (2020): 391-401.

<sup>2</sup> H. E. W. Turner. *The Patristic Doctrine of Redemption*. Oregon 2004, 122.

En la teología actual se habla de la necesidad de integrar de forma adecuada una soteriología escatológica, estaurológica y pneumatológica<sup>3</sup>. Al lugar clásico de la soteriología, como es la cruz y la muerte de Cristo (estaurológica), hay que añadirle el precedente del anuncio del Reino y la salvación realizada en el ministerio de Jesús en vida (escatológica) y prolongarlo con la acción del Espíritu que universaliza, actualiza y consuma la acción salvífica del Hijo (pneumatológica). Veamos algunos elementos fundamentales de esta soteriología pneumatológica atendiendo a la relación del Espíritu con la persona de Jesucristo. Poniendo de relieve esta relación recíproca que sirve de fundamento, atenderemos a la especial presencia e inhabitación de este en el espíritu humano; su participación ineludible y necesaria en la obra de la salvación; y finalmente su protagonismo en la transfiguración del mundo en la consumación escatológica.

#### 1. EL ESPÍRITU Y CRISTO: CRISTOLOGÍA PNEUMATOLÓGICA

La soteriología pneumatológica ha de estar fundada, en primer lugar, en una adecuada comprensión de la relación entre Cristo y el Espíritu, ya que Cristo es el salvador, el único mediador entre Dios y los hombres, y la acción del Espíritu en la obra de la salvación no puede entenderse como sustitución de la acción de Cristo<sup>4</sup>. Aunque no es un simple vicario de Cristo, el Espíritu realiza la obra de Cristo y no otra, dejando su propio sello en la obra de la salvación. La eficacia actual y universal de la salvación, que ya está germinalmente en la acción cristológica, solo encuentra su verdadero despliegue y desarrollo gracias a la acción singular del Espíritu. Sin el Espíritu la obra de Cristo no sería actual ni universalmente efectiva. La propia acción salvífica de Cristo no es realizada, como veremos, sin la presencia del Espíritu, sino teniendo este un protagonismo especial. La obra única de la salvación iniciada por el Padre se realiza por medio de dos misiones: la del Verbo-Hijo y la del Aliento-Espíritu. Una misma economía salvífica en dos misiones distintas, con efectos, operaciones y formas diferentes. Mientras que la misión del Hijo implica la alteridad, exterioridad y singularidad de la comunicación de Dios a los hombres, la del Espíritu expresa la comunión, interioridad y universalidad de esa misma autocomunicación.

La relación entre ambos, por tanto, puede ser entendida en una doble dirección: del Espíritu a Jesús, revelándose como Espíritu del Padre; y de Cristo

<sup>3</sup> O. González de Cardedal. *Cristología*. 2ª ed. Madrid: BAC, 2012, 530-531.

<sup>4</sup> Y. Congar. "Pneumatología dogmática", en *Iniciación a la práctica de la Teología*. Madrid: Cristiandad, 1984, 480-487.

al Espíritu, revelándose como Espíritu del Hijo<sup>5</sup>. La soteriología debe tener en cuenta la doble relación que según el NT se produce entre Jesús y el Espíritu. Por un lado, en los Evangelios Sinópticos se afirma la presencia del Espíritu en torno a la persona de Jesús como «precediéndole» en el ejercicio de su misión salvadora. Jesús es forjado en su humanidad por el Espíritu en su conciencia y en su misión. El misterio de la encarnación, el acontecimiento del bautismo y los exorcismos en el horizonte de la llegada del Reino de Dios son los tres momentos decisivos donde podemos encontrar esta presencia del Espíritu en relación con Jesús. Y, por otro, también en los evangelios, aunque especialmente en el relato lucano y joánico, el Espíritu es comprendido ante todo como el don de Cristo entregado y resucitado. El misterio de la muerte del Hijo, la acción trascendente de su resurrección y el envío en la misión de la Iglesia son los momentos decisivos donde se pone de relieve esta presencia del Espíritu en relación con Cristo.

### 1.1. Jesús, ungido por el Espíritu

Veamos la primera perspectiva denominada por muchos como una *crisología pneumatológica* donde el Espíritu tiene un protagonismo en la vida de Jesús y es decisivo para la comprensión de su persona<sup>6</sup>. En este sentido recogería la tradición veterotestamentaria de presentar al Mesías y Profeta escatológico como el ungido por Dios por medio de su espíritu (*ruab*). No le ha sido fácil a los evangelistas mostrar este aspecto carismático de la persona y misión de Jesús ya que en él hay un cumplimiento de todas esas profecías del AT, aunque sin embargo son conscientes de que hay algo más. Lo notamos porque tanto Marcos como Mateo son muy parcos a la hora de hablar del Espíritu en la vida de Jesús. En el relato de Marcos el Espíritu es mencionado en seis ocasiones: tres de ellas están vinculadas al bautismo de Jesús y su estancia en el desierto como preparación para la misión (Mc 1,8.10.12); la siguiente para poner en relación los exorcismos con la fuerza del Espíritu (3,29); finalmente, sin relación directa con la persona o misión de Jesús, en conexión con la inspiración de la Escritura (12,36) y el testimonio martirial (13,11). En Mateo ya son doce los textos en los que se habla del Espíritu (1,18.20; 3,11.16; 4,1; 10,20; 12,18.28.31.32; 22,43; 28,19), ampliando su frecuencia especialmente por las referencias al nacimiento virginal de Cristo y a la misión apostólica realizada bajo la identidad y el amparo del nombre de Dios.

<sup>5</sup> Cfr. H. U. von Balthasar. *Teológica 3. El Espíritu de la Verdad*. Madrid: Encuentro, 1998.

<sup>6</sup> Cfr. Y. Congar. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1989, 598-607; N. Madonia. *Cristo siempre vivo en el Espíritu. Fundamentos de una crisología pneumatológica*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2006.

Aun así, en relación y en sintonía con la comprensión del Espíritu en el Antiguo Testamento, los Evangelios Sinópticos hablan del Espíritu en relación con la llegada del Mesías en una perspectiva escatológica como signo supremo de que ha comenzado la salvación definitiva, el fin y la plenitud de los tiempos, aunque determinado cristológicamente por la entrada en escena de la persona de Cristo. En este sentido la relación entre Cristo y el Espíritu es de vital importancia. El futuro absoluto de Dios (Reino) anunciado por la presencia del Espíritu acontece de forma anticipada en Jesús de Nazaret, en su persona (bautismo) y en su misión (exorcismos).

Desde este punto de vista el episodio más importante que manifiesta esta relación es el bautismo de Jesús en el Jordán. Un episodio problemático para la cristología de los evangelistas, pues de alguna forma sitúa en una relación compleja a Jesús con el Bautista y con el pecado (bautismo de purificación). Sin embargo, si nos fijamos bien en la narración de los Evangelios, cada evangelista dentro de los acentos que ha querido subrayar se las ingenian para que el foco del relato no recaiga tanto en la entrada de Jesús en el agua para ser bautizado por Juan, sino en la acción de rasgarse los cielos para que acontezca la irrupción y la presencia del Espíritu que desciende sobre Jesús. Ha sido el evangelista Marcos quien ha iniciado este desplazamiento en su comprensión apocalíptica y escatológica del relato poniendo el énfasis en la visión de Jesús y en la voz del Padre (Mc 1,10-11). Lucas realiza el trasvase definitivo al hablar explícitamente del bautismo de Jesús como unción del Mesías (cfr. Hch 10,38). La unción del profeta de Galilea en el bautismo, a imagen de los hombres movidos por la fuerza del Espíritu, tiene la función de identificarlo como Hijo y prepararlo para su misión escatológica como Mesías.

En todos esos textos donde se pone en relación la presencia del Espíritu con la persona y actividad de Jesús con anterioridad al misterio pascual no se quiere decir más que una cosa: *se anuncia el retorno del Espíritu, con el que comienza el tiempo mesiánico y se acerca el reino escatológico de Dios*. Los exorcismos de Jesús son la mejor expresión en acto de este anuncio. En un texto muy antiguo que nos ha sido transmitido en el evangelio de Lucas se expresa muy bien esta misma idea: «Si yo expulso a los demonios por el *dedo de Dios*, sin duda el Reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11,20)<sup>7</sup>. Desde aquí tenemos que entender el dicho de Jesús sobre la imposibilidad de perdonar la blasfemia contra el Espíritu. Este no significa una limitación

---

<sup>7</sup> Quizá recogiendo esta asociación de ideas, la tradición ha interpretado ese dedo de Dios como el Espíritu, tal como podemos apreciar en el himno del autor anónimo del siglo IX *Veni creator Spiritus*: «Tú el de los siete dones, dedo de la mano derecha del Padre». Cfr. Y. Congar. *El Espíritu Santo*, 139-140; R. Cantalamessa. *Il Canto dello Spirito. Meditazioni sul Veni creator*. Milano 1998, 205-218.

del poder misericordioso de Dios, sino la afirmación de la necesidad de la libertad y cooperación humana en esa salvación de Dios. Sólo queda fuera de ese perdón divino aquel que no ve en los milagros y exorcismos de Jesús la fuerza del Espíritu de Dios que hace irrumpir el reino escatológico de Dios en la historia de los hombres. Todos los demás pecados, incluida la blasfemia y la profanación del nombre de Dios, pueden ser perdonados (Mc 3,28-30; Mt 12,31-33; cfr. la perícopa anterior Mc 3,22-27 y Mt 12,22-30). Esta blasfemia significa el rechazo no ya del mediador: Cristo; sino de la fuente misma de vida y salvación: el Espíritu de Dios.

Mateo y Lucas han anticipado esta presencia del Espíritu en el bautismo (Marcos) a los relatos de la infancia donde se narra el nacimiento de Jesús. El Espíritu en la encarnación “pone al Hijo en estado kenótico” (Balthasar), preparándolo para el camino de aprendizaje y crecimiento que lo conduzca a la realización de la misión en obediencia filial al Padre<sup>8</sup>. Estrictamente hablando la presencia del Espíritu se anuncia en los personajes más importantes que preparan el nacimiento del Hijo de Dios y del Salvador, especialmente, claro está, en las entrañas de María (Mt 1,18.20; Lc 1,35). Nuevamente los evangelistas Mateo y Lucas son parcos a la hora de describir esta acción del Espíritu en María que hace posible el nacimiento de Jesús. Quieren desvincularse de cualquier tipo de comprensión hierogámica y así se limitan a decir que aquí está aconteciendo algo nuevo, único, singular donde Dios a través de la fuerza creadora de su Espíritu actúa en la historia iniciando una nueva creación.

Según se va poniendo de relieve que el nacimiento de Jesús se identifica con el misterio de la encarnación y es el Hijo mismo quien se anonada a sí mismo para tomar la condición de esclavo (Flp 2,6-7), la teología se pregunta cómo actúa el Espíritu en relación con Jesús para que acontezca este misterio. El acto de anonadarse es una acción kenótica, por lo que más que acción se trata de una pasión o, al menos, una acción pasiva. El Hijo, en su libertad de asumir la condición humana, acepta en primer lugar la forma como los seres humanos venimos al mundo: dejándonos hacer y nacer. No tiene el hombre el protagonismo en el inicio de su existencia, sino que su vida se debe a otros. Pero no solo en el origen de la vida, sino que en las primeras etapas del crecimiento la dependencia es casi absoluta. Dejarse hacer es la primera tarea del Hijo en su estado kenótico de encarnación y es aquí donde el Espíritu, como espíritu de obediencia al Padre, tiene una misión fundamental. El Hijo, aun siendo actor protagonista de su propia misión, ha de realizarla en íntima unión con el Espíritu, bajo cuya guía emprende el camino de aprendizaje como Hijo de Dios (Hb 5,8). «Si el Padre persiste en lo alto como rector de todas las

---

<sup>8</sup> Cfr. H. U. von Balthasar. *Teodramática 3. Las personas del drama: el hombre en Cristo*. Madrid: Encuentro, 1993, 173-180.

cosas, mientras el Hijo se deja hacer pasivamente en el seno de la Virgen para que suceda la encarnación, queda el Espíritu Santo como tercera hipóstasis divina ejerciendo el papel activo»<sup>9</sup>.

La pasividad, como forma fundamental de existencia en el origen de la vida, se torna de nuevo decisiva en el final. Por eso no es descabellado que, siguiendo esta misma lógica, el autor de la Carta a los Hebreos contemple la muerte de Jesús como consumación de la obra de la salvación «en virtud del Espíritu eterno» (Hb 9,14), como fuerza interior mediante la que Cristo transforma la muerte en sacrificio entendido como entrega de sí mismo. Quien puso en «estado kenótico» al Hijo al comienzo de su existencia, revelándose como espíritu de obediencia, aquí lleva a consumación este estado y este camino iniciado en el misterio de la encarnación y culminado en la entrega de la vida en la cruz (Jn 19,30).

Por tanto, el Espíritu actúa en Jesús dejándose hacer, poniendo al Hijo en estado humano, como expresión de su estado kenótico. Esta acción pneumática en él nos ayuda a comprender el camino real y auténtico de la encarnación del Hijo de Dios. Este no es un momento puntual, sino un proceso que atraviesa toda la vida terrena de Jesús hasta su exaltación a la derecha del Padre. La filiación única y singular de Jesús de Nazaret como Hijo de Dios desde siempre no impide la verdad y el realismo de su encarnación. La acción del Espíritu no implica la debilidad o inferioridad de Jesús respecto a la divinidad del Padre, sino que expresa la plenitud y riqueza de las infinitas relaciones que pueden darse entre las personas divinas. Así como la obediencia del Hijo al Padre (*missio*) es la expresión kenótica de su generación eterna (*processio*), la unción del Espíritu en la humanidad del Verbo manifiesta también la relación eterna entre el Hijo y el Espíritu. Si en la vida eterna de la Trinidad hay una *perijóresis* entre las personas divinas, ésta se ha de manifestar también en la economía de la salvación.

## 1.2. Cristo, Señor y dador del Espíritu

Frente a lo parcos que son Marcos y Mateo para hablar del Espíritu contrasta la prodigalidad de Lucas en su doble obra: 17 veces en el Evangelio y 57 en el libro de los Hechos. El desarrollo más significativo lo encontramos en el libro de los Hechos donde la presencia y acción del Espíritu a través de los apóstoles adquiere un protagonismo altamente significativo. Precisamente el evangelista une ambos libros, el relato de los hechos de Jesús y el relato de los hechos de los apóstoles, desde la promesa del Espíritu. Más que la venida

---

<sup>9</sup> Id. "Concebido del Espíritu Santo, nacido de María Virgen", en Id., *Puntos centrales de la fe*. Madrid: BAC, 1985, 127.

inminente en la parusía, lo que el Señor prometió fue el don del Espíritu que será enviado cuando sea exaltado a la derecha del Padre (Lc 24,49 - Hch 1,4). Entre la ascensión de Cristo a la derecha del Padre y su regreso al final de los tiempos, acontece la venida del Espíritu para dar inicio al tiempo de la Iglesia que prepara el camino de la humanidad a su destino definitivo. Este Espíritu, como una nueva forma de la presencia de Cristo resucitado en medio de los suyos, aunque sin confundirse con él, que viene sobre los discípulos reunidos en Jerusalén acompañado de signos extraordinarios, será quien guíe y lleve adelante la vida y la misión de la Iglesia, prolongando así la misma y única misión de Jesús.

Lucas asume la perspectiva de Marcos y Mateo señalando la presencia del Espíritu sobre Jesús (*crístología pneumatológica*), pero señala claramente que el Mesías es el Señor del Espíritu que será donado cuando el Hijo sea exaltado a la derecha del Padre (*pneumatología crístológica*). En esta misma perspectiva hay que situar el Evangelio de Juan. Cristo no es sólo aquel que es *conducido* por el Espíritu, sino sobre quien el Espíritu desciende y reposa (1,33), y permaneciendo en él, lo entrega, insufla y derrama sobre sus discípulos en el momento de su glorificación (muerte y resurrección). La presencia del Espíritu en la historia de la salvación está de tal forma vinculada al don de Cristo en su pascua que el evangelista se atreve a decir que hasta el momento de la glorificación no *había* Espíritu (7,37-39). Para Juan es inequívoco que la humanidad glorificada de Jesús es la fuente del Espíritu y de la vida de la Iglesia (Jn 19,30).

El Espíritu es prometido por Jesús en el llamado discurso de despedida como *Paráclito* (abogado, intercesor, defensor, protector, mediador, intercesor). Éste es prometido como el *sucesor* de Jesús terreno, no para sustituirlo, sino para recordarlo desde una inteligencia más profunda haciendo presente en nuestro interior su acción y su doctrina (*anámnesis*)<sup>10</sup>. Podríamos decir parafraseando el Evangelio de Juan que de la misma manera que el Hijo es el exegeta del Padre, o que el Padre re revela y da a conocer en el Hijo (Jn 1,18), así el Hijo se revela y se da a conocer en el Espíritu (Jn 16,12-13). El Espíritu es el exegeta del Hijo guiándonos hacia la verdad completa y recordándonos lo que él nos dijo.

Pero la acción del Espíritu no es sólo simple recuerdo del pasado. Es apertura a la novedad de lo que está por venir. El Espíritu no es sólo presencia íntima en el corazón de los creyentes, es apertura al futuro escatológico que está por venir y por esta razón fuente de perenne novedad, como supo ver aguda y bellamente Ireneo de Lyon<sup>11</sup>. La cualidad del Espíritu es *estar siempre viniendo*; él es aquel desconocido allende del Verbo que siempre ha de ser

<sup>10</sup> J. Zumstein. *El evangelio de Juan II*. Salamanca: Sígueme 2018, 162-180.

<sup>11</sup> Ireneo de Lyon. *Adversus Haereses*, III, 17,1-2.

invocado y nunca del todo poseído (*epiclesis*). Es muy sintomático que en la tradición litúrgica cristiana casi no hay oraciones dirigidas al Espíritu, porque la Iglesia siempre ha tenido la conciencia de que el Espíritu es el lugar, el espacio y el ámbito *en* el que ella misma ora al Padre por medio de Jesucristo<sup>12</sup>. Ese Espíritu que viene sobre nosotros, nos conduce al mundo para dar testimonio de Jesús, desvelando el pecado, la justicia y el juicio realizado sobre el mundo. Si éste juzgó a Jesús condenándolo a la muerte, el Espíritu da testimonio de que el Padre ha invertido esta situación. Cristo ha sido declarado inocente y es condenado el príncipe de este mundo. Pero esta victoria sólo es cognoscible por la fe y de esta forma se produce el juicio sobre el mundo: creer o no en el Hijo de Dios enviado por el Padre.

Finalmente, el Evangelio de Juan subraya que Jesús nos ha otorgado el Espíritu como su Aliento una vez resucitado de entre los muertos (20,19-23). Es la forma como él nos hace partícipes de su vida, como una nueva creación, de forma análoga a como sucedió en la primera, cuando Yahvé insufló su aliento sobre el barro formado por sus propias manos (Gn 2,7; Sab 2,15); o como una verdadera regeneración de nuestros huesos secos y nuestros espíritus miedosos (Ez 37). Pero si el aliento de Cristo nos da su misma vida, también nos incorpora a su misma misión reconciliadora en medio del mundo. Este encuentro del Resucitado con los discípulos para ser enviados en su misma misión siendo equipados con su mismo aliento (Espíritu), significando un momento privilegiado en la Iglesia primitiva, es un *Pentecostés permanente* que Jesús realizará siempre de nuevo en el tiempo de la Iglesia en todo aquel que se bautice en el Espíritu Santo (Jn 3,26.34).

El mismo Espíritu que ha acompañado a Jesús en su vida terrena y en su misión mesiánica es dado a los creyentes como la forma privilegiada de participación en el ser y en la misión de Cristo que él mismo, gracias a ese Espíritu, continúa a través de su Iglesia. La vida cristiana no es adherirse a un grupo que participa de un ideario común, de una misma comprensión de la realidad, de una serie de normas que forjan su identidad e idiosincrasia. Si la vida cristiana significa asumir una doctrina, un culto, un credo es porque estos nacen de la vida en el Espíritu que posibilita la comunión de vida con Jesucristo, el Señor (Hch 2). Sin el Espíritu no hay en absoluto vida cristiana como fidelidad al origen que es Cristo, fundamento permanente, y como novedad al futuro que nos aguarda y está por venir que es el Padre, patria definitiva.

---

<sup>12</sup> Sólo en el himno *Ven Espíritu creador* el orante se dirige directamente a él, pero invocándolo, pidiéndole su venida. En la Eucaristía, cuando se invoca para que descienda sobre los dones del pan y del vino, y sobre la comunidad reunida, para que se conviertan en el Cuerpo de Cristo, la oración se dirige al Padre, según la teología del Nuevo Testamento.

## 2. EL ESPÍRITU Y EL HOMBRE: UNA ANTROPOLOGÍA PNEUMATÓLOGICA

Si Cristo es el Salvador ungido por el Espíritu para realizar su misión encarnativa y redentora, el hombre es el sujeto salvado gracias a la inhabitación del Espíritu de Cristo en él. El mismo Espíritu que ungió a Jesús es dado por él a todos los creyentes para que realice la salvación en cada uno de nosotros y acompañe a la creación a su consumación definitiva. Pero *¿cómo* acontece este encuentro entre el Espíritu de Dios y el ser humano? Ese Espíritu se *une* a nuestra naturaleza humana para conducir la carne del hombre a la gloria del Creador<sup>13</sup>. La salvación de Dios otorgada por el Espíritu acontece en el ser humano que siendo uno está formado a su vez de carne, alma y espíritu (1Ts 5,23)<sup>14</sup>.

El ser humano ha sido creado a imagen de Dios que según la teología pre-nicena ha interpretado como imagen de Cristo, pues él es verdaderamente la imagen de Dios, plena y perfecta. La teología ha subrayado esta dimensión cristológica de la imagen, en definitiva de la antropología, para poner en relación la creación del hombre con la encarnación del Hijo. Esta última, aun siendo un acontecimiento gratuito, novedoso e insospechado, guarda una profunda afinidad y coherencia con la realidad de la creación, hasta el punto de que podemos decir que es su plenitud. Por esta razón, la creación y dentro de ella especialmente el hombre, solo alcanza la consumación de su realidad en la configuración con la persona de Cristo (Rom 8,29-30). Ahora bien, sabemos que esta solo acontece a través de la acción del Espíritu. Esta participación del Espíritu en la conformación a Cristo no es un hecho puramente a posteriori de la acción encarnada del Hijo. La creación del hombre ya fue una obra de toda la Trinidad, pues fue el Padre quien decidió crear al hombre por la mediación de sus dos Manos. Así el Hijo plasmó el barro de la tierra para configurar el cuerpo humano y el Espíritu insufló sobre él aliento para constituirlo en un «animal racional». La acción del Espíritu ya está presente en la obra creada, por eso, cuando se trata de conducir al hombre a su perfección, a la recuperación de la semejanza, interviene de nuevo el Espíritu de Dios para unirse al alma humana y así en unidad esencial, conducir la carne del hombre a la gloria del Creador. De la misma manera que hay una participación en la vida del Logos a través de su propio logos o racionalidad, estamos llamados a participar en la vida del Espíritu, a través del espíritu del ser humano. El ser humano tiene por delante un camino de perfeccionamiento hasta llegar al hombre perfecto

<sup>13</sup> Ireneo de Lyon. *Adversus Haereses*, V, 6, 1.

<sup>14</sup> Cfr. H. de Lubac. "Anthologie tripartite", en *Théologie dans l'histoire*. Paris: DDB, 1990, 115-200; B. Sesboué. *Tout récapituler dans le Christ. Christologie et soteriologie d'Irénée de Lyon*. Paris: Desclée, 2000, 90-99; O. González de Cardedal. *La entraña del cristianismo*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1997, 827-838, con referencias a Orígenes, Ireneo, Agustín.

y espiritual. Precisamente en este dinamismo histórico y antropológico entre la imagen otorgada en la creación e irrestricta aun a pesar del pecado y la semejanza, perdida por el pecado, aparece esta imagen del espíritu del hombre que se une al Espíritu de Dios para llegar al hombre espiritual o perfecto.

El hombre espiritual o perfecto, según Ireneo de Lyon y Orígenes de Alejandría, no es aquel que desprecia la realidad material plasmada por el Verbo, sino aquel que desde su realidad material (*sarx*) y racional (*psiqué*) se abre a la presencia y acción del Espíritu de Dios en él (*pneuma*)<sup>15</sup>. Cuerpo, alma y espíritu constituyen así la totalidad del ser humano en su estado de perfección. La acción del Espíritu en el ser humano, compuesto del sustrato o sustancia del hombre (*sarx*) y el primer principio activo (*psiqué*), que quiere elevar al hombre a la realidad de Dios otorgando a la *sarx* las propiedades del *pneuma*<sup>16</sup>. Comentando 1Cor 15,50, Ireneo afirma en qué consiste el hombre perfecto y cómo el Padre quiere conducir a la *sarx* humana a la semejanza con Dios mediante la comunicación del *pneuma* divino:

«Como hemos demostrado antes, el hombre perfecto está compuesto de tres realidades: la carne, el alma y el espíritu. Uno, el espíritu salva y forma, el otro, la carne es salvada y formada; y la otra, que se encuentra entre estas dos, el alma, bien sigue al espíritu y la gracia, bien obedece a la carne y cae en los deseos terrestres. Aquellos que no tienen el elemento que salva y forma para la vida, son y serán llamados justamente carne y sangre, porque no tiene el Espíritu de Dios en ellos... Por el contrario, quienes temen a Dios y creen en la venida de su Hijo y por medio de la fe hacen habitar en su corazón al Espíritu de Dios, justamente estos serán llamados puros, espirituales y vivientes para Dios, porque tienen el Espíritu del Padre que purifica al hombre y lo eleva a la vida de Dios»<sup>17</sup>.

Es objeto de discusión el sentido exacto de *pneuma* en el ser humano, si se identifica con el Espíritu de Dios o es el espíritu del hombre que recibe el Espíritu Santo. No podemos detenernos en este problema exegético que dejamos a los especialistas en la teología de Ireneo. Aquí lo traemos a colación para subrayar el papel del Espíritu en el proceso de perfeccionamiento del ser humano para llegar y alcanzar el fin para el que había sido creado, la conformación y semejanza con Dios. Esta acción perfectiva en el hombre es una tarea del Espíritu que unida a la realidad más material y sin escapar de ella conduce al ser humano en todo lo que él es como ser carnal, racional y espiritual a la comunión con Dios. Esta acción del Espíritu en él, siendo gratuita y no exigible por su naturaleza, es interior a ella, no extrínseca, extraña o ajena.

<sup>15</sup> Ireneo de Lyon. *Adversus Haereses*, V, 6, 2.

<sup>16</sup> A. Orbe. *Espiritualidad de San Ireneo*. Roma: Analecta Gregoriana, 1989, 16-23.

<sup>17</sup> Ireneo de Lyon. *Adversus Haereses*, V, 9, 1.

Con ellos queremos subrayar la unidad de elementos o dimensiones que constituyen al ser humano tratando de articular estas tres realidades esenciales del hombre: la realidad *material* que precede a todo ser humano como naturaleza concreta (cuerpo); la realidad *personal* que lo configura como sujeto libre y consciente (alma); y la realidad *teologal* que le excede y le conduce a trascenderse a sí mismo (espíritu)<sup>18</sup>. Pero no como realidades parciales y determinadas del ser humano, sino como dimensiones fundamentales de su ser y de su vida, inseparables las unas de las otras. En segundo lugar, su apertura constitutiva a la realidad de Dios desde el ámbito propio del Espíritu, destacando la receptividad del hombre a la gracia de Dios y la acción íntima e inmanente de Dios cuando sale al encuentro del hombre. Que su acción sea gratuita y no necesaria, no significa que acontezca en el ser humano de forma externa y ni mucho menos de manera accesoria o superficial. Dios mismo es quien se comunica a nosotros en su Espíritu de forma gratuita e inmerecida, pero no lo hace de forma externa y extrínseca, sino adecuándose a nuestro espíritu, a nuestra naturaleza espiritual, abierta radicalmente a la comunicación con Dios, con el Espíritu de Dios.

### 3. EL ESPÍRITU Y LA SALVACIÓN: UNA SOTERIOLOGÍA PNEUMATOLÓGICA

No hay duda de que la comprensión de la salvación cristiana es cristocéntrica o cristológica. Por mucho que desarrollemos o hablemos de la necesidad de una pneumatología y pongamos de relieve el protagonismo de la acción del Espíritu Santo en la economía de la salvación y en la dogmática cristiana, no podemos obviar que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres; él es en persona el Salvador y la salvación. Sin embargo, toda la tradición cristiana siempre se ha preguntado cómo puede ser actual, efectiva y universal esta acción salvífica de Cristo realizada de una vez para siempre. La obra salvífica de Cristo es histórica y objetiva, es decir, se remite a un tiempo histórico concreto y ha sido realizada independientemente de nuestra participación o colaboración en ella. En este sentido se habla de una acción objetiva. Pero ¿qué sentido tiene esta acción si no es aprovechada por cada sujeto, por cada creyente, por cada ser humano? Aparece aquí la imprescindible dimensión subjetiva de la salvación donde el Espíritu tiene un protagonismo decisivo, pues a él le debemos la capacidad que tiene el ser humano de apropiarse de

---

<sup>18</sup> Es interesante constatar como desde una perspectiva filosófica en diálogo con las ciencias hoy encontramos una acogida de esta antropología tripartita inspirándose en la tríada griega clásica y en la teología patristica cfr. S. Anaya. *Cuerpo, alma, espíritu. Ensayo filosófico*. Sevilla: Senderos 2020. Tal y como afirma su autor en la pág. 13: «El propósito es intentar justificar que los postulados nucleares del modelo triádico pueden validarse a la luz de la ciencia actual».

esta acción salvífica como participación fructuosa en ella<sup>19</sup>. Cuando el hombre en el bautismo recibe el mismo Espíritu de Jesús hará en nosotros la misma obra que en el Hijo, aunque a la inversa. Si en el Hijo el Espíritu realizó, por decirlo de alguna manera, el modo humano de vivir la filiación eterna como obediencia filial encarnada y kenótica, en nosotros, en nuestro modo humano de vivir en la historia y en nuestro ser vulnerable injerta la filiación divina, nos hace hijos, invitándonos a vivir nuestra libertad en obediencia filial al Padre y así participar de su vida y de su gloria.

Si hay algún texto del Nuevo Testamento donde aparece la relación estrecha entre el Espíritu y la salvación es en el capítulo octavo de la Carta a los Romanos<sup>20</sup>. Aquí Pablo afirma que *la salvación acontece en el Espíritu* como santificación del hombre y consumación de la obra redentora de Cristo. El tema central de todo este capítulo es la salvación, definida fundamentalmente como la vida en Cristo, de ahí la referencia al Espíritu como «el Espíritu de la vida en Jesucristo»<sup>21</sup>. Esta salvación realizada por el Espíritu está expresada en tres imágenes complementarias: la liberación, la filiación y la glorificación.

La imagen de la salvación como *liberación* aparece en los vv. 1-13, y aquí se atribuye al Espíritu esta acción liberadora en el hombre con la tarea específica de conducir al hombre por el camino de la vida. Para esta tarea, el Espíritu se convierte en norma de vida para el creyente, desde la que él mismo puede distinguir lo que significa caminar según el espíritu (*kata pneuma*), abierto a la realidad de Dios y del prójimo o según la carne que se cierra sobre sí misma (*kata sarka*). Esta oposición no podemos entenderla como si carne y espíritu fueran realidades esencialmente contradictorias, sino en cuanto que expresan dos formas de vida: una, cerrada sobre sí; otra, abierta al don del Espíritu.

La imagen siguiente y unida a esta es la de la *filiación* (vv. 14-17), en donde el Espíritu además de otorgarnos ese don que es la filiación adoptiva, tiene la función de provocar en nosotros el grito de los que han sido liberados: *Abba*, como hicieron los israelitas en el Éxodo de Egipto (Ex 15,1s). *Abba* es la expresión aramea para dirigirse a Dios utilizada por Jesús en momentos decisivos de su vida (Mc 14,35). El Espíritu nos ofrece así la posibilidad de vivir la misma relación de intimidad y obediencia que Jesús vivió con Dios, su Padre.

La última imagen es la de la *glorificación* (vv. 18-30) en donde el Espíritu, además de ser la primicia de esa salvación definitiva vivida ya en esperanza,

<sup>19</sup> Cfr. Ch. Danz. *Gottes Geist. Eine Pneumatologie*. Tübingen: Mohr Siebeck, 2018, 40-93.

<sup>20</sup> Cfr. G. Fee. *God's Empowering Presence. The Holy Spirit in the Letters of Paul*. Michigan: Grand Rapids, 1994, 515-591. Es significativo que de las 33 referencias al Espíritu que encontramos en la Carta a los Romanos, 20 estén solo en este capítulo. Con razón ha sido llamado la apología del Espíritu.

<sup>21</sup> Id. *God's Empowering Presence*, 524-527.

tiene la función unirse al gemido de la creación y de los hijos de Dios por la liberación plena y definitiva. El Espíritu no nos permite encerrarnos en nosotros mismos, sino que desde su presencia real en nosotros en el presente nos lleva a compartir los gemidos y dolores de toda la creación abriéndonos al futuro que nos aguarda y nos espera.

Si esta es la acción salvífica que realiza, podemos mencionar brevemente cómo es descrita su identidad. Esta no se afronta directamente, sino a través de las acciones que realiza; de las relaciones que instaura; y del origen de donde procede. En este fragmento de la carta a los Romanos Pablo afirma que el Espíritu realiza acciones que en los evangelios están referidas a la acción personal de Jesús e incluso a la acción de Yahvé en el Antiguo Testamento. No es contradictorio como ya hemos tenido ocasión de expresar más arriba. Entre ellas podemos mencionar las siguientes: liberar, conducir, habitar, resucitar, vivificar, atestiguar, ayudar, conocer, abogar, gemir. No es este el lugar para introducirnos en la cuestión sobre la personalidad del Espíritu, pero es evidente que, aunque Pablo no afirma explícitamente que el Espíritu es un ser personal, lo presupone, pues solo un ser personal es capaz de realizar estas acciones que Pablo vincula al Espíritu.

En este texto la identidad del Espíritu se manifiesta en las relaciones que establece y que están expresadas mediante los genitivos que lo cualifican como de vida, de Cristo, de Dios, del que resucitó a Jesús de entre los muertos; o desde las realidades que él mismo cualifica: la ley y el deseo del Espíritu (vv. 2.27). La ley como presente, como el camino de la vida del cristiano y el deseo del Espíritu que nos lanza al futuro como esperanza de la gloria. En este sentido es definido como *primicia*, porque el don del Espíritu es el don de la plenitud escatológica anticipada en el presente de la vida. Las preposiciones que lo caracterizan nos ayudan a comprenderlo como ámbito y medio de realización de la salvación y de la vida nueva de los hombres (*en*) y como norma y criterio de vida para el discernimiento del espíritu cristiano en el mundo (*kata*). La vida en el Espíritu es liberación del pecado, norma de vida, gracia de filiación, grito de libertad, gemido de la creación, primicia de glorificación.

El Espíritu remite al Padre, a Dios, que a su vez es descrito como aquel que envió a su Hijo en una semejanza de carne de pecado como la nuestra y como aquel que lo resucitó de entre los muertos (Espíritu De Dios); y al Hijo, a Cristo, que es enviado *por* nosotros y para nuestra justificación (Espíritu de Cristo). Su acción y su obra no se pueden entender separadas de su relación al Padre y a Cristo. Los tres están implicados en la obra de la salvación. La teología del Espíritu Santo tiene que tomar como punto de partida la realidad de la salvación (soteriología) que a su vez nos remite al proyecto de Dios (teología) y su realización en Cristo (cristología) integrando el movimiento y deseo de la creación (protología) y conduciéndolo a su meta y destino definitivo (escatología).

## 4. EL ESPÍRITU Y LA CONSUMACIÓN: UNA ESCATOLOGÍA PNEUMATOLÓGICA

Finalmente, esta perspectiva de la relación entre Cristo y el Espíritu que nos ayuda a participar en la mente de Cristo (1Cor 2,16), a sondear la profundidad del misterio de Dios (1Cor 2,10), y a universalizar lo universal de la acción salvífica de Cristo, nos abre a la *escatología pneumatológica* donde el Espíritu adquiere el pleno protagonismo en su acción de conducir a la creación a su destino, transfigurándola hasta que podamos decir que Dios sea todo en todos<sup>22</sup>. Pues en realidad la escatología no es más que una pneumatología en estado de consumación<sup>23</sup>. El Espíritu tiene fundamentalmente una función perfectiva guiando y sosteniendo toda la realidad al fin para el que había sido creada. Los Padres de la Iglesia hablaban de una acción cósmica (*kosmein*), no porque la acción del Espíritu fuera algo periférico o externo a la ontología de la creación, sino porque esta acción embellecedora significaba la perfección de esa realidad.

La comprensión del Espíritu como cumplimiento escatológico es quizá una de las más destacadas características de la pneumatología paulina<sup>24</sup>. Si la escatología es esencial para entender toda su teología, la pneumatología es fundamental para comprender la escatología. Como afirma Gordon Fee «la experiencia del Espíritu es clave para su marco escatológico caracterizado por el “ya, pero todavía no”; el Espíritu es el agente esencial para que los creyentes experimenten y expresen la salvación que Dios ha llevado a cabo en Cristo»<sup>25</sup>. El Espíritu es la evidencia y la garantía del futuro<sup>26</sup>. La vinculación entre la escatología y el Espíritu Santo Pablo la realiza en primer lugar vinculando al Espíritu con la resurrección de Cristo (Rom 1,3), para así poder afirmar que esta resurrección es la garantía de nuestra resurrección futura (Rom 8,11). Nuevamente para vincular el *eschatón* y al Espíritu es necesario expresar la relación entre Cristo y el Espíritu. Lo que era Cristo resucitado como garantía y primicia de nuestra resurrección, ahora pasa a ser el Espíritu. Pablo utiliza tres metáforas para expresar esta relación: las arras, las primicias y el sello<sup>27</sup>.

La primera imagen es la de las arras (*arrabon*) o la garantía inicial que se ofrecen en una transacción económica. Tiene la función de establecer una obligación contractual como garantía de un cumplimiento futuro. Pablo la utiliza tres veces para referirse al Espíritu (2Cor 1,21-22; 5,5; Ef 1,14). En

<sup>22</sup> C. Schütz. *Introducción a la pneumatología*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1991, 42-44.

<sup>23</sup> Cfr. Y. Congar. *El Espíritu Santo*. Barcelona: Herder, 1990.

<sup>24</sup> G. Fee. *God's Empowering Presence*, 803-826.

<sup>25</sup> Id. *Pablo, el Espíritu y el Pueblo de Dios*. Miami: Editorial Vida, 2007 (ed. Kindle), pos. 428.

<sup>26</sup> Id. *Pablo, el Espíritu y el Pueblo de Dios*, pos. 1297.

<sup>27</sup> Id. *God's Empowering Presence*, 806-808.

2Cor 1,21-22 Pablo utiliza esta imagen acompañada de los verbos unguir, marcar y dar para hablar de la acción de Dios en nosotros. Al unguirnos, Dios nos ha marcado con el sello y ha depositado las primicias en nuestros corazones, el Espíritu de la promesa que es la garantía de nuestra herencia (Ef 1,14). Dios cumple así la promesa al enviarnos su Espíritu y nos abre a la perspectiva de la consumación futura, que debemos aguardar y esperar, pero con la certeza y esperanza que da acoger el Espíritu en nuestros corazones.

Unida a esta imagen está la metáfora de las *primicias* (*aparches*) que Pablo utiliza solo en Rom 8,23. En 1Cor 15,20.23 es Cristo resucitado quien es considerado primicia (*aparché*) de los que duermen que después de él y asociados a él, volverán a la vida (1Cor 15,22). La resurrección de Cristo es así garantía de la nuestra. Aquí en Rom 8 esta imagen es aplicada al Espíritu, debido a la centralidad que tiene el Espíritu en todo este capítulo al obrar en nosotros la liberación, la filiación y la glorificación. Al darnos el Espíritu Dios no concede la adopción filial. Pero al darnos la filiación nos otorga también la herencia de los hijos, aunque todavía solo como primicias y en esperanza, pues todavía debemos vivir en medio de los sufrimientos, siendo así solidarios de los gemidos de la creación por la redención definitiva y la redención de nuestro cuerpo.

La tercera y última imagen es la de sello (*sfragis*) que Pablo utiliza en 2Cor 1,21-22; Ef 1,13; 4,30. El sello era utilizado en la antigüedad para indicar la propiedad o autenticidad de un objeto que lleva implícitamente la idea de la protección o cuidado de ese objeto. Si Dios nos marca con el sello del Espíritu es para indicar que somos propiedad suya y así garantizar también nuestra redención definitiva (Ef 4,30).

Esta última perspectiva de la pneumatología nos conduce a una comprensión de la salvación como transfiguración de toda la realidad creada conduciendo así la totalidad de lo real a la plenitud para la que había sido creada. Si el Espíritu está presente como *Spiritus creator* en el origen, tendrá también un protagonismo en el final como *Spiritus consummator*. De la misma manera que el Espíritu fue capaz de sacar del caos el cosmos (Gn 1) y de los huesos secos la vida (Ez 37), él es el agente fundamental para que la creación pase su *pascua* y sea convertida definitivamente en una *nueva creación* (Rom 8,18-30). La soteriología pneumatológica en esta perspectiva escatológica posibilita subrayar una dimensión cósmica y ecológica de la salvación cristiana que ya encontrábamos también en la que conocemos como cristología cósmica esbozada en el himno de Col 1,12-20. Porque al final, la acción del Espíritu en el hombre y en la creación conduciéndola a fin último, a su transfiguración definitiva, no es algo diferente de la recapitulación en Cristo de toda la realidad, en ese quien confesamos que todo se hizo por medio de él; que todo será finalizado en él; y en quien todo tiene su consistencia.